

darle á pesar de la verdad, y quando continuamente le sacrificamos la verdad.

¡Gran Dios! Derramad hoy en nuestros corazones este triplicado espíritu de recogimiento, de abnegacion, y de firmeza, que derramado en otro tiempo sobre vuestros discípulos los hizo nuevos hombres, vencedores del mundo, y testigos de la verdad; aniquilad en nosotros este espíritu del mundo, este espíritu de distraccion, de falta de mortificacion, de condescendencia, y de cobardía, que tanto tiempo há cierra en nuestros corazones la entrada á vuestro Divino espíritu; renovad en este día nuestros deseos, nuestros afectos, nuestras inclinaciones, y nuestros pensamientos; venid espíritu de verdad á nuestros corazones; ocupad el lugar del mundo miserable que nos desagrada, y á quien no tenemos valor para desagradar; y despues de haber establecido vuestra morada en nosotros acá en la tierra, haced que seamos templos eternos de vuestra gloria, y de vuestra verdad. Amen.



SERMON
PARA LA FIESTA
DE LA ASUMPCION

DE NUESTRA SEÑORA.

SOBRE LOS CONSUELOS,
y la gloria de la muerte de Maria
Santisima.

*Indica mihi quem diligit anima mea, ubi pascas,
ubi cubes in meridie.*

O tú querido de mi alma, dime donde está el lugar de tu descanso, y de tus pastos eternos. *Cant. 1. v. 7.*

DE este modo se explica el alma fiel en la tierra, separada de su esposo, porque aun se le ocultan las nubes de su mortalidad, no hallando en el mundo cosa alguna que pueda consolar su amor en esta ausencia, sino la esperanza de que se ha de acabar presto; suspirando continuamente por aquel feliz instante que la ha de abrir el cielo, y manifestarla el Es-

poso inmortal á quien ama; y haciendo de la tristeza y amarguras de su destierro, el ejercicio de su amor, y el mérito de su fé y de su paciencia, exclama continuamente: Ó tú, querido de mi corazón, manifiéstame el lugar de tu descanso, y de tus pastos eternos.

Pero como las ilusiones de los sentidos mezclan siempre con la fé de las almas mas puras mil conexiones inevitables, que dividen su amor acá en la tierra, que enfiavian en ellas el deseo de los bienes eternos, y hacen, segun el Apostol, que aunque desean sinceramente ser revestidas de la inmortalidad, quisieran no ser despojadas de la mortalidad que aun aman: *Nolumus expoliari, sed supervestiri.* (a) Se puede decir que esta disposicion de despego universal de la vida y de todas las criaturas; esta tristeza por lo largo de este destierro; esta alegría y este júbilo á vista de la muerte, y de la feliz libertad, solo ha sido perfecta en Maria, y que ella sola en este dia, consagrado por la Iglesia á su salida del mundo, y á su exaltacion en el cielo, tiene derecho como verdadera Esposa para usar de este estilo del amor: Ó tú, querido de mi corazón, dime donde está el lugar de tu descanso, y de tus pastos eternos.

Las amarguras y abatimientos de su vida mortal hallan hoy en su muerte, y en su feliz Asumpcion, su consuelo y su gloria: A exemplo de su amado Hijo, habia sido para ella la tierra un lugar de oprobrios y trabajos: Hija de dolor, degradada de todos sus títulos, ignorados todos sus dones, confundida con las demás madres de Judá, era, por ultimo, justo que la gloria de su Hijo se reparase en su persona, y que siempre semejante á él, enmendasen las maravillas de su muerte la obscuridad de su vida.

Hoy, pues, intento manifestar los consuelos y la gloria

(a) 2. Cor. 5. v. 4.

ria de la muerte de Maria, en los que se encierra todo el Mysterio que propone la Iglesia á la piedad de los fieles. Los consuelos de su muerte, que compensan las amarguras interiores que en todo el tiempo de su vida habian afligido su alma santa; la gloria de su muerte, que repara los abatimientos que la acompañaron siempre en la tierra. Este es el asunto de mi discurso. Necesito de su intercesion para alcanzar las luces del Espiritu Santo. *Ave Maria.*

PRIMERA PARTE.

Puede decirse que Maria habia experimentado tres generos de amarguras durante su vida mortal, y que estos habian sido como los tres dardos que atravesaron su corazón, y consumaron el Sacrificio de sus dolores y penas. Una amargura de desamparo; una amargura de zelo; y una amargura de deseo; y á estas tres amarguras corresponden tres consuelos en su muerte, que nos manifiestan la primera circunstancia de este Mysterio. Consuelo de fuerza y de valor; consuelo de paz y de alegría; consuelo de posesion y gozo: Vamos por menor, y estadme atentos.

Llamo, en primer lugar, amargura de desamparo á la que experimentó Maria en la indiferencia y rigores aparentes con que Jesu-Christo parece que habia siempre pagado su ternura, y sus mas santas ansias. En ninguna parte vemos que la distinguiese con los respetos y tiernas atenciones que parece pedia la autoridad que sobre él tenia, y el amor que el Señor la profesaba: escondido en el Templo á la edad de doce años, parece que reprueba la inquietud con que se hallaba la Señora por el temor de haberle perdido. En vez de manifestarse conmovido de los sustos y cuidados de su amor, solo la habla del Padre que está en el cielo, como si se hu-

biera olvidado de que tenia Madre en la tierra: En las bodas de Caná, temiendo, al parecer, que Maria le usurpase en el espiritu de los combidados alguna parte de la gloria del prodigio que iba á obrar, declara que nada tiene de comun con ella, y que solo su Padre es quien le señala los tiempos y momentos en que debe manifestarse con milagros, como que de él solo ha recibido el poder para hacerlos: Si las mugeres de Jerusalén llaman feliz al vientre en que estuvo encerrado, parece quita á Maria una alabanza que la habia dado el mismo Angel, y las declara que solo son felices en la tierra los que observan la Ley de Dios: Si en otra ocasion le acuerdan que su Madre y Parientes le esperan con impaciencia, responde que no conoce mas Madre ni mas parientes que los que hacen la voluntad de su Padre, que está en los cielos; finalmente, en todas partes parece haberse olvidado de ella, y siempre que los Evangelistas la nombran en la Historia de su Hijo, es para referirnos algun aparente rigor de Jesu-Christo para con ella.

Esta fue la conducta de Dios con esta santa hija de Judá. Probada siempre con desamparos y rigores por parte de Jesu Christo; guiada siempre por caminos asperos y rigurosos, habia de servir de modelo y consuelo á las almas á quienes Dios prueba, á las que nunca dexa gustar ni un solo vislumbre de consuelo en la observancia de sus mandamientos, y á quienes entrega á todos los disgustos y sequedades de una virtud triste y amarga; habia de enseñarlas que este camino de desamparo, tan penoso al gusto de los sentidos y de la naturaleza, tiene sus meritos y sus utilidades á los ojos de la fé; que este es regularmente el camino de las almas justas y perfectas; que los gustos sensibles, por lo comun, mas son apoyo de la flaqueza, que frutos de la virtud; que sola la fé de las promesas debe mantener á una alma fiel; que el seguir á Jesu-Christo solamente por el atractivo de los consuelos unidos á su yugo, es

bus.

buscarse á sí mismo: Que el caracter de la fé es esperar, suspirar, y padecer: Que el tiempo de la vida presente es el tiempo de las privaciones, y no de los consuelos: Que el Señor acá en la tierra es un Dios oculto, que quanto mas quiere unir á sí á una alma por medio de una fé viva y fervorosa, mas la priva de consuelos humanos, para que se le haga mas insufrible este destierro, y para avivar mas cada dia en ella el deseo de aquella patria inmortal, en donde llenos del Dios que nos hará felices, no podrán nuestros corazones gustar mas que de este bien inefable; y en donde la verdad, vista claramente, parecerá siempre amable, porque siempre la veremos como es en sí.

Y á la verdad, el estado de la fé en que vivimos no consiste solamente en la sumision del espiritu á las verdades, que aun no se nos manifiestan con luces claras y evidentes, sino tambien en la adherencia del corazon á los bienes invisibles y eternos, cuya hermosura no se nos dexa aun conocer con gustos y deleytes sensibles. La fé, pues, encierra en sí dos privaciones esenciales, una de luz, otra de deleyte; es preciso poder creer lo que no se vé, y amar, por decirlo asi, lo que aun no conocemos. El estado de la patria consiste en ver siempre la verdad, y en conocer siempre que es amable; pero es necesario merecer este feliz estado, sacrificando continuamente nuestras propias luces á las luces y á las verdades que no vemos, y los deleytes sensibles que nos rodean, á los placeres invisibles y dignos del corazon, que aun no conocemos.

No quiero decir que el Señor no adelante algunas veces á algunas almas justas y privilegiadas aquellos inefables dones que les están preparados en el cielo: Hay algunas á quienes favorece con luces extraordinarias, y á las que revela, como á Pablo, secretos y Mysterios que casi no es permitido al hombre el publicar: Hay otras sobre las cuales derrama abundantemente aquellos

pla-

placeres secretos é inexplicables, de que jamás ha gustado el corazón del hombre, y que no pudiendo sufrir la plenitud del Dios de todo consuelo que los llena, se ven obligados á pedirle que suspenda la abundancia de sus dones, ó que los modere. Pero estos favores salen del comun camino de la fé, y aun debe temerse en ellos la ilusion; en nuestro siglo, y en los pasados tenemos bien tristes exemplos de esta verdad. Las singularidades de la piedad degeneran muchas veces en fanatismo; No todo espíritu es de Dios: Muchas veces estas luces extraordinarias que creemos venir del cielo, son relampagos engañosos, producidos de una imaginacion recalentada y engañada, y consagrados por una vanidad oculta; y las Escilas nos han enseñado á desconfiar de un camino, que baxo el pretexto de conducirnos á la perfeccion, nos guía al precipicio. Muchas veces los gustos sensibles y abundantes que creemos ser frutos de la gracia, son sentimientos humanos, excitados por una natural ternura, que lisongean al apetito sin corregir la virtud, y quando uno cree estar lleno de Dios, está lleno de sí mismo: El camino de las privaciones es siempre el mas seguro, porque es el mas conforme al estado ordinario de la fé: Por eso en vez de desanimarnos con los disgustos que experimentamos en los caminos de Dios, y de persuadirnos á que no le agradan nuestros respetos, porque no hallamos nosotros mismos ningun deleyte en ellos, debemos confiar mas en que quanto mas nos cuestan las obligaciones que le tributamos, mas meritorias son en su presencia, y que los mismos disgustos que ocasionan la pena y la tristeza de nuestra virtud, son al mismo tiempo su seguridad y excelencia.

Estos son los desamparos que experimentó Maria en la tierra; era, pues, justo que la presencia de Jesu-Christo fuese el primer consuelo de su muerte: Que asistiese el Señor á este ultimo combate; que viniese á confortarla en esta ultima hora, que ella hiciese entre sus bra-

zos el sacrificio de su vida; que él mismo fuese su Angel consolador, y que se diese tanta mas prisa á manifestarse á esta alma, impaciente de reunirse á él, quanto mas habia manifestado negarse y ocultarse á ella, por decirlo así, en la tierra.

La segunda amargura que advierto en la vida de la Santissima Virgen es una amargura de zelo: Con qué dolor no miraba la inutilidad de los prodigios, de las instrucciones, y de todo el ministerio de Jesu-Christo en Judéa, las asechanzas que los Escribas y Fariseos ponían á su inocencia, la desercion de sus discipulos, su muerte ignominiosa y cruel, la ingratitud y obstinacion de un pueblo que le arrojaba de sí, todas las promesas hechas á sus Padres, todos los cuidados que en otro tiempo habia tenido el Señor de Jerusalén, finalizados con su reprobacion y su pérdida! La desgracia de sus hermanos segun la carne era su ocupacion mas triste y mas comun; ofrecia continuamente por ellos las virtudes de sus antepasados, de Abraham, de David, de los Profetas, para aplacar la ira de Dios, y mitigar con la memoria de estos hombres fieles los delitos de sus descendientes. Por eso todo el Evangelio nos la representa recogida, ocupada en las desgracias de Jerusalén, y en la indignacion que el Señor iba á explicar sobre esta ciudad infiel.

Era preciso que enseñase á las almas justas, y á las que un santo retiro defiende de los peligros del mundo, á ocuparse continuamente á los pies de los Altares en los males y necesidades de la Iglesia; en gemir por los escandalos que la afrentan; y en solicitar las gracias del cielo para sus hermanos segun la carne, que se dexan arrebatar del torrente de los deleytes y de las tentaciones; y viven en un entero olvido de las cosas del cielo.

Este fue uno de los principales motivos que determi-

nó al Santo Fundador de las fervorosas Virgenes que me oyen, (*) á edificar estos piadosos asilos, en donde hoy derraman con tanta edificacion sobre toda la Iglesia el buen olor de Jesu Christo; quiso juntar baxo las mismas leyes de la caridad y de la abnegacion religiosa unas almas inocentes, que escondidas en lo interior del Santuario, puedan gemir como la paloma por los males que afligen á la Iglesia; pedir todos los dias al Señor Pastores vigilantes que la gobiernen; Doctores ilustrados que la defiendan; Sacerdotes irreprehensibles y zelosos que la edifiquen; Principes religiosos que la protexan y dilaten; pedir la extirpacion de los scismas y errores; el triunfo de la verdad; que cesen las contiendas y turbaciones; el establecimiento de la paz y de la caridad; pedir luces y poderosos auxilios para los Ministros de la Divina palabra, que están encargados de la obra de Dios, y que trabajan en llamar á los pecadores de sus extraviados caminos; y finalmente, ser con el Señor medianeras continuas por los fieles; alivio de los males de la Iglesia, víctimas de los pecados ajenos, y tomar sobre sí mismas, en las lágrimas y mortificaciones de su retiro, las iniquidades de sus hermanos. Este zelo de la gloria de Dios, del progreso de la fé y de la piedad; este deseo de la conversion de los pecadores, y del aumento del Reyno de Jesu Christo en la tierra, es como el alma y caracter particular de este santo instituto; otras se entregan á los santos rigores, y á las maceraciones continuas de la penitencia; estas están consagradas á los gemidos de la oracion, y á las santas amarguras del zelo y de la caridad.

Esta amargura de zelo y de dolor fue la que

(*) *Las Religiosas de la Visitacion de Chaylat, donde estaba la Reyna de Inglaterra.*

ocupó el corazon de Maria en todos los estados de su vida mortal; en nada tenía su propia gloria, su elevacion de gracia, de luz, y de dignidad, mientras veía blasfemado el nombre de su Hijo por su propio pueblo, despreciado su ministerio, tenidos por impostura sus prodigios, perseguidos sus Discipulos, y que Israel pecaría sin remedio: Porque el amor, quando es perfecto, se mueve, menos por sus propios intereses, que por los del objeto amado. Virgenes Santas, bien conoceis por estas señas el ardiente zelo de la piadosa Princesa (a) que aqui os anima con su exemplo; el desorden é incredulidad de sus pueblos la mueven mas que su rebelion; mas llora por la pérdida de su fé, que por la de su Corona.

Era, pues, preciso que el zelo de amargura y de dolor que habia llenado todo el curso de la vida de la Virgen, se mudase al tiempo de su muerte en un consuelo de paz y de alegria: Entonces, disipadas yá las nubes de su mortalidad, y entrando su Alma Santa en la luz inaccesible de los consejos de Dios, vé claramente las razones profundas y adorables de la Sabiduría Divina en orden á los sucesos de su vida, que tanto habian contristado su zelo y su tierno amor; vé la utilidad que habia de resultar á los hombres de los oprobrios de su Hijo, y de la obstinacion de los Judíos; los grandes bienes que la Iglesia habia de sacar del aborrecimiento de estos á Jesu Christo; el infinito numero de Martyres que habian de glorificar á Dios con sus tormentos, y con su paciencia; la multitud de fieles que reemplazaría abundantemente la Jerusalem incredula, y que crecería con la misma sangre de los Martyres; vé los Tyranos desarmados por la flaqueza del Evangelio; los Cesares convertidos por el oprobrio de Jesu-Christo; los Philosophos atraídos por

(a) *La Reyna de Inglaterra.*

la locura de la Cruz; vé suceder la pompa y magnificencia de la Iglesia á la obscuridad de sus tristes principios; ceder en gloria propia suya la gloria de su Hijo; y ser su culto el recurso de mayor consuelo á la piedad de los fieles.

Del mismo modo, una alma justa que está para morir, descubrirá con consuelo todas las razones de la Divina Sabiduría en orden á los sucesos de su vida; entonces empezará á vér las secretas conexiones que aquellas desgracias, aquellas aflicciones, aquellas circunstancias molestas en que casi siempre vivió, tenían con su santificación eterna; entonces manifestandose la anticipadamente el orden de los Eternos Decretos para con ella, verá que en todo habia sus razones y sus utilidades en los caminos por donde la mano de Dios la habia guiado; que sin saberlo ella, todo cooperaba á su salvacion; que aún las contradicciones que oponian á su piedad eran misericordias de Dios para con ella; que la malicia y perfidia que habia experimentado de parte de aquellos mismos que la debian una inviolable fidelidad, no era mas que un medio de que se valía Dios para purificar su fé; que aquellos sucesos tan tristes, que al mismo tiempo que trastornaban su fortuna, parecian ser tan funestos á la religion, no eran mas que caminos secretos y seguros, por donde Dios queria santificarla; que la Divina Justicia sacrificaba pueblos y reynos enteros; que los entregaba á un espíritu de error y de rebelion; que los sacrificaba, vuelvo á decir, á su seguridad y á su santificación particular; verá que la propagacion del scisma y del error, que tanto habia contristado su zelo y su piedad, servia para fortalecer en la fé á un corto número de almas justas, que vivian en medio del contagio sin inficionarse; que los males de la Iglesia, por los que ella lloraba, contribuian á su gloria y á su triunfo; y finalmente, que quando parecia que no oía el

Señor los deseos de su corazon, los cumplia de un modo mas glorioso para la fé, y mas util para su salvacion.

Pero, ¡ah, Católicos! miramos al presente la obscuridad en que viven las almas justas, su separacion del mundo, de sus ideas, de sus pretensiones, de sus esperanzas, y de todo lo que aviva las pasiones humanas, lo miramos como una vida abatida, inutil, y ociosa; miramos las obras de misericordia y los santos cuidados, que son sus mas importantes ocupaciones, como piadosas inquietudes, consagradas por la viveza, ó simplicidad de su zelo: Pero en aquel ultimo instante, quanto hubieremos hecho mas sobresaliente por el mundo nos parecerá locura y puerilidad; las acciones célebres, que tanto habian admirado los hombres, las empresas gobernadas con tanto secreto y prudencia, las victorias, los sucesos felices, los talentos eminentes, que nos hicieron representar tan gran papel en las historias, todo esto lo miraremos entonces como unas pueriles scenas, y como juegos de niños; toda nuestra vida nos parecerá una continua niñez; quanto hemos padecido por el mundo, los cuidados en adquirir una vana reputacion, los esfuerzos para llegar á ella, las condescendencias, los abatimientos que tanto costaron á nuestra soberbia, los respetos á nuestros Gefes; que tan pocos gastaban con nosotros; de todos estos trabajos no nos quedará mas que el inutil pesar de haberlos perdido. Veremos que todos nuestros deseos y cuidados no tenian mas objetos que unas fantasmas; que corriamos como locos tras un humo que se desvanecia; y que aún el cumplimiento de nuestros deseos hubiera sido la mas terrible de nuestras desgracias: Entonces nos diremos á nosotros mismos: ¿Era menester fatigarnos tanto para no hacer nada? Ah! ¿Era menester pasar una vida tan penosa, para no hallar al fin mas que el pesar de haberse engañado, y parecerse á los que

con grandes fatigas han seguido un camino errado, y solo lo advierten quando les faltan las fuerzas, y no tienen tiempo para buscar otro nuevo? ¿Por qué no emplearíamos mejor nuestros cuidados y fatigas? Los favores de la tierra se han alejado de nosotros á proporcion que corrimos trás ellos; para conseguir los favores del cielo y los bienes eternos, bastaba el desearlos.

La ultima amargura de la vida de Maria en la tierra fue una amargura de deseo: Principalmente despues que su amado Hijo dejó al mundo, todos los deseos de su corazon le siguieron en la morada de la eternidad; no volvió á mirar esta vida mortal, sino como un largo y triste destierro; y separada del unico objeto de su amor, todas sus ansias, todos sus pensamientos, todo su corazon estuvieron en el cielo. De este modo, estrangera en la tierra, oculta á la vista de los hombres, desconocida del mundo, decia continuamente como la Esposa: O tú, querido de mi corazon, manifiestame donde está el lugar de tu descanso y de tus pastos eternos. Continuamente, como el Profeta, se quejaba de lo que duraba su peregrinacion; sin cesar decia como él: ¿Quando iré, ó Dios mio; á vuestra eterna morada, y quando me presentaré delante de la cara de mi Señor? Muerta á todas las criaturas, mas unida á su Hijo con los continuos y vivos esfuerzos de un corazon que sin cesar se elevaba hácia el cielo, que á la tierra con los debiles lazos que aún la detenian en ella; despedazada, por decirlo así, con el rápido movimiento que continuamente llevaba su alma hácia su Señor, y por el peso de un cuerpo terrestre, que aún la detenia en este mundo, moria todos los días de amor y de tristeza; y la vehemencia de sus deseos, que era la mas perfecta de sus virtudes, era tambien la mas viva de sus amarguras.

Nosotros no conocemos hasta donde puede llegar el exceso de esta pena, porque aún estamos ligados á la tier-

tierra con mil diferentes lazos; porque aún estamos unidos á todo lo que nos rodea, al mundo, á nuestros bienes, á nuestros parientes, á nuestros amigos, á nuestras dignidades, á nuestra fortuna, y á nosotros mismos. No conocemos quanto padece una alma que nada ama acá en la tierra, que solo vive para su Dios, y que se vé obligada á vivir lejos de él en este lugar de lagrimas y tentaciones, expuesta continuamente á perderle, y nunca segura de poseerle. Los disgustos de nuestra vida son disgustos de nuestras pasiones, son secretas inquietudes de nuestros delitos, enfados de un mundo que nos ha engañado, un fastidio de todas las criaturas de que hemos abusado, y un continuo buscarnos á nosotros mismos; nos cansamos de no hallar acá en la tierra nada que pueda hacernos felices, y quisieramos encontrar entre los objetos sensibles que nos rodean alguno en quien pudiera descansar nuestro corazon, y que fuese capaz de fijarle y satisfacerle.

Aún entre las almas consagradas al Señor hay pocas que sientan la tristeza de este destierro, y la distancia en que en él vivimos de Dios; sentimos la dureza de la cruz que es necesario llevar para ser discípulos de Jesu Christo; sentimos las tristezas y amarguras de la virtud, pero no sentimos la privacion de los inefables bienes que ha preparado Dios á los que le aman; no sentimos las tinieblas de una razon degradada de su dignidad, envuelta toda en los sentidos, y que no vé sino confusamente las luces eternas de la verdad, en la que consiste toda su dicha y excelencia; no conocemos la flaqueza é impotencia de una voluntad nacida para gozar de Dios, y que necesita de violentarse continuamente para defenderse del amor injusto de las criaturas, y amar al Sér Supremo: En una palabra, no conocemos la oposicion de los deseos entre la ley de la carne y la del espiritu, que hace que la servidumbre del cuerpo sea tan molesta é insufrible á el alma fiel;

fiel; no cuenta nuestra piedad con aquellos sublimes principios de lagrimas y tristezas de los Santos en la tierra, que forman propiamente el estado y vida de la fé; y es la razon, porque con el nombre y apariencias de virtud están aún nuestros corazones unidos á la tierra: Nos ocupan aún mil cuidados estraños; mil conexiones frivolas dividen y debilitan aún el amor que á Dios debemos; mil errores que nacen de la flaqueza de nuestra fé, nos hacen perder de vista las verdades eternas; y lo peor es, que ahogada muchas veces la caridad con la multitud de amores injustos, apagado absolutamente el deseo de los bienes eternos entre tantos objetos de los sentidos que nos ocupan, y á que estamos unidos, perdemos la gracia sin saberlo; estamos muertos en la presencia de Dios, creyendonos aún vivos; y se ha entrado la muerte en nuestra alma, sin que sepamos por donde.

Pero el Alma santa de Maria nada hallaba en sí que no viniere de la gracia: no tenia mas deseos que los del cielo; mas movimiento que para su Dios; mas alegría que en la esperanza de vér á su querido. Esta Alma pura, cuyo corazon no estaba derramado, como el nuestro, en mil objetos vanos é injustos, y que estaba toda recogida en la caridad, sentia toda la desolacion que inspira un amor violento quando está separado de lo que ama. Por eso su muerte no es mas que el termino de sus suspiros, el consuelo de sus tiernos afectos, y el fin de todos sus deseos; halla lo que miraba como perdido; vá á unirse con aquel querido Hijo, á quien la malicia de los hombres, ó por mejor decir, las rigurosas ordenes de su padre habian separado de ella; pero no solamente su corazon vá unirse con su amado, sino que no le queda nada que desear á su amor; su felicidad es entera y cumplida; su cuerpo no se queda esperando la redempcion perfecta bajo el imperio de la muerte; adelantasela aquel feliz momento

to de libertad que está señalado para los escogidos en el dia de la revelacion, y vá á vér con su carne á su Salvador, que era su casto fruto. ¡Quáles serian los consuelos de esta union deseada por tanto tiempo! ¡X quién podrá explicar aqui los excesos amorosos del corazon de Maria á vista de su Hijo glorioso é immortal, adorado de los Angeles y de los Santos, que la manifiesta las incomprendibles riquezas de su Divinidad y de su Gloria! Pero estos son unos secretos que jamás vieron los ojos, y que no puede explicar suficientemente la lengua del hombre.

Lo que debemos contemplar, Católicos, es, que la muerte nada tiene en sí que no sirva de consuelo á una alma justa; solo la separa de lo que nunca habia amado; de un mundo que siempre la habia parecido lleno de molestias y lazos; de una tierra en que siempre habia vivido como estrangera; de un cuerpo á quien siempre habia aborrecido, combatido, crucificado, y que habia sido la materia de todas sus tentaciones, y el motivo de todas sus penas; de todas las criaturas, que al mismo tiempo que aliviaban sus necesidades, las multiplicaban, y agravaban su servidumbre; se dá la enhorabuena de haber despreciado unos bienes que van á desaparecer; de no haber puesto su confianza en los hombres que nada pueden hacer por ella; de no haberse edificado una ciudad permanente en un mundo que vá á perecer; y de no haber tomado mas medidas que para otra vida, en donde no se mudara de condicion; toca por ultimo á aquel feliz momento que vá á restituirla su Señor, en quien solamente habia siempre puesto su confianza; á aquel momento que vá á poner fin á una vida triste, mortificada, peligrosa, y lugubre, y á dar principio al dia secreto de la Eternidad.

Sí el Católico, el verdadero secreto para hacer que la muerte nos sea suave, y nos sirva de consuelo, es el desprenderse anticipadamente de todo lo que ella nos

ha de quitar ; el morir todos los dias á cada uno de estos lazos que ella ha de romper ; el acostumbrarse á vivir solamente con Dios en medio de todas las criaturas que nos cercan , pues la muerte no es otra cosa mas que una eterna soledad del alma con Dios. Mucho mas muere el pecador , por decirlo así , que el justo ; aquel muere á todo lo que le rodea , porque á todo estaba unido : Quantos lazos tiene necesidad de romper , son otras tantas muertes particulares que padece ; muere á su cuerpo en quien siempre habia idolatrado ; muere á sus bienes y á sus puestos que habian sido el único objeto de sus cuidados y deseos ; muere á sus placeres , de quienes habia sido esclavo ; á sus esperanzas , en las que confiaba ; á sus soberbios edificios , en los que creía haberse fabricado una eterna morada ; á todas las criaturas , pues todas servian á sus pasiones. ¿Qué dolor padecerá quando le sea preciso romper de un golpe todos estos injustos lazos , que aún la ligaban á la tierra ! Padece mil muertes en una sola muerte ; cada una de estas separaciones lleva en su alma su nombre particular ; y con razon dice el Profeta que la muerte del pecador es la mas dolorosa y mas amarga de todas.

Felíz , pues , el alma que como Maria , muerta á todo desde mucho tiempo antes , no experimenta entonces otra cosa nueva mas que el placer de no tener ya que sacrificar á su Celestial Esposo , y que habitando ya con el corazon en el cielo , no deja en la tierra mas que los exemplos de una santa vida , y la memoria de una preciosa muerte. Pero si la muerte de Maria fue toda llena de consuelos , que la recompensaron de las amarguras que habia experimentado durante su vida , también fue acompañada de una gloria que reparó los abatimientos que habia padecido en la tierra.

SEGUNDA PARTE.

Quanto mas quiere el Señor elevar una alma á un grado sublime de gracia , de luz , y de dignidad , tanto mas la abate y envilece á los ojos de los hombres ; y como si tuviera envidia de que sus siervos brillasen con otro resplandor que el suyo , parece que solo pone su cuidado en despojarlos de la grandeza que dá el mundo , para hacerlos mas dignos de la verdadera grandeza , que solo es fruto de la justicia y de la santidad.

Los abatimientos que sufrió Maria en la tierra son prueba de esta verdad. Como los designios de Dios para con la Señora la preparaban la mas alta elevacion á que puede llegar una pura criatura , los caminos por donde la conduxo á ella son caminos de abatimiento y obscuridad. Noto , pues , tres generos de abatimiento en la vida de la Santa Virgen ; uno de privacion ; otro de dependencia ; y otro de confusion y desprecio ; y digo que su Asuncion al cielo la dá hoy una gloria triplicada , y proporcionada á los abatimientos de su vida mortal ; una gloria de elevacion y excelencia ; una gloria de poder y autoridad ; y una gloria de veneracion y respeto : continuad vuestra atencion.

Quanto mas se considera la vida de la Santa Virgen en la tierra , mas se descubre en ella una serie continuada de privaciones que la mortifican y humillan ; primer genero de abatimiento. Ninguna criatura habia hasta entonces recibido del cielo titulos mas augustos y sublimes que esta Santa hija de Judá ; habia nacido de la sangre de David ; el privilegio de su gracia se habia anticipado aún á el de su nacimiento ; era Virgen siendo fecunda ; finalmente , la augusta qualidad de Madre de Dios realzaba en ella todos los demás titulos que tenia por el nacimiento , y por la gracia ; y con todo eso , nin-